

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS
COMISION DE ALAVA



El Moro Vizcaíno y su vinculación a la tierra de Ayala

Federico Verastegui Cobián

EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA

ARABAKO BATZORDEA

El día 10 de mayo de 1990 presentó en el Palacio Escoriaza Esquíbel el trabajo de Ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, D. Federico Verástegui Cobián.

Su intervención tuvo por título «EL MORO VIZCAINO Y SU VINCULACION A LA TIERRA DE AYALA» y fue acompañada de un pase de diapositivas alusivas al tema.

Fue presentado por el Amigo Juan Vidal-Abarca López.

El Presidente de la Comisión de Alava, Juan Antonio Zárate Pérez de Arrilucea, impuso al Sr. Verástegui la Medalla de la Sociedad, entregándole el Diploma correspondiente.

El Moro Vizcaíno y su vinculación a la tierra de Ayala

EDITA:

Real Sociedad Bascongada
de los Amigos del País

IMPRIME:

Imprenta Pradells, s.l.
Miravalles 3
01013 Vitoria-Gasteiz

DEPOSITO LEGAL:
VI-74-1991

Presentación que hace Juan Vidal-Abarca López del nuevo Amigo Federico Verástegui Cobián.

Me resulta sumamente agradable el presentaros para su ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, a un gran amigo, Federico Verástegui.

El constituye un eslabón más de una familia estusiasta de la cultura, como lo fue su padre, el marqués de la Alameda, que desgraciadamente ya no está con nosotros, miembro también de la «Bascongada», persona especialmente entrañable, a quien tanto tengo que agradecer personalmente por las enormes facilidades que siempre me brindó para la consulta de su interesantísimo archivo familiar; su bisabuelo D. José María de Zabala, prohombre vitoriano, promotor, con otros entusiastas, de aquel Vitoria que hace un siglo que mereció por su nivel cultural el sobrenombre de la «Atenas del Norte»; su otro bisabuelo D. Eduardo Cobián y Rufiñac, que destacó en la política y fue por dos veces ministro de Hacienda. Y una larguísima lista, que eludo pormenorizar, pero de la que se deduce claramente que «de casta le viene al galgo».

No os quepa duda que he disfrutado muchísimo viendo cómo nuestro amigo Federico se ha ido poco a poco envenenando con su afición a la investigación, aun cuando ésta surgiera de forma casual al caer en sus manos, durante una de sus múltiples estancias en la casa de Marquina de su suegro, Manuel María de Murga, también «Amigo del País» y tristemente fallecido, un manuscrito de D. José María de Murga, padre del anterior, en el que tenía iniciada la labor de biografíar a su tío carnal y homónimo, otro José María de Murga, universalmente conocido como «el Moro Vizcaíno».

En dicho manuscrito, y en muchísima más documentación que Federico ha ido recopilando posteriormente, pudo tomar contacto con el personaje en cuestión,

cuya vida, andanzas y personalidad, como podréis comprobar a lo largo de esta charla, no puede por menos de apasionar a quien se acerque a ellas.

Así pues, Federico ha tomado el relevo y en la actualidad se encuentra enfrascado en la ingente labor de completar, seguro que con interesantísimos matices merced a su formación como psicólogo, la biografía de EL HACH MOHAMED EL BAGDADY, el otro alias de José María de Murga y Mugártegui, «el Moro Vizcaíno».

Ahora vamos a tener la suerte de disfrutar, como primicia, de las genialidades de este personaje, en boca de su biógrafo Federico Verástegui y Cobián, a quien en nombre de esta pequeña familia de los Amigos del País doy desde aquí la más calurosa bienvenida.

Vitoria-Gasteiz, 10 de mayo de 1990

Juan Vidal-Abarca López

Socio de Número de la R.S.B.A.P.

El Moro Vizcaíno y su vinculación a la tierra de Ayala

JUSTIFICACION Y AGRADECIMIENTOS

Me tomo la libertad de presentarme en este foro entrañable deslizándome en un campo que no me es propio pero que tampoco me es del todo ajeno: la biografía. El interés por la persona y sus misterios motivó en su día mi elección de la psicología como profesión y justifica de algún modo el que hoy me encuentre aquí intentando compartirlo con vosotros.

Hay dos personas claves para mí, sin las que esta aproximación al Moro Vizcaíno me hubiera sido imposible: Una era Manuel de Murga y Mugártegui, mi querido suegro, de recuerdo imborrable, fallecido pleno de vitalidad hace ahora algo más de un año. El haberle conocido y tratado me ha facilitado el acceso a ciertas claves de la personalidad del Moro, de quien era sobrino-nieto y sucesor en todos los sentidos que a esta palabra pueden darse. Sorprende la similitud de sus caracteres: aunaban ambos el don de gentes con su capacidad de adaptación a cualquier situación; su simpatía y su fuerza vital; la difícil combinación de un carácter recio cuando era preciso y la exquisita educación y bondad; la generosidad y el sentido del humor; la curiosidad unida a los grandes recursos de inteligencia; la amenidad y el gusto por la conversación; la afición a los viajes, la buena comida y su preparación; la caza y la pesca, etc. A veces me he preguntado si al tener los mismos apellidos no tendrían también una gran carga genética común que pudiera explicar tantas y tan curiosas similitudes.

Y también debo mencionar a D. José María de Murga y Arana, padre de Manu y sobrino carnal del Moro Vizcaíno, de quien escribió la biografía inédita que, por caprichos del destino, encontré cierto día de verano en un rincón de su biblioteca en Torre Bidarte.

Pero ya va siendo hora de entrar en materia directamente.

SITUANDO LAS COORDENADAS

De las distintas especies, animales y vegetales, que pueblan nuestro mundo, el individuo se explica en su contexto. Fuera de él pierde su sentido, carece de valor e identidad. También la profunda alteración de su entorno le influye, le perturba de tal modo que le puede llegar a producir el mismo efecto que el desarraigo.

Aunque estoy dispuesto a conceder que el individuo humano puede, con escaso menoscabo, llegar a desarraigarse para insertarse en un nuevo y hasta entonces desconocido entorno. Tal vez este sea patrimonio exclusivo de la especie humana y lo que le ha facilitado su preeminencia.

La desazón que embarga a los biógrafos que se ocupan del Moro Vizcaíno nada más abordar su fantástica personalidad es precisamente la de intentar explicar las motivaciones que le indujeron a dejar su solar y su privilegiada posición para arrastrar una aparente loca aventura, internándose en un país salvaje y primitivo sin más amparo que sus conocimientos y su valor.

Posiblemente nada puede ayudarnos mejor a una comprensión del personaje que situarlo en su época y recoger de sus propios textos las justificaciones de su desarraigo voluntario.

La década en que vino al mundo había prácticamente comenzado con la muerte de Napoleón allá en su destierro de Santa Elena. Posiblemente su infancia estuvo marcada por las historias y avatares de este genio de la guerra, y la reciente aún impronta de su paso por nuestro país. En efecto, Napoleón murió en 1821 y el Moro nació seis años más tarde, el 20 de junio de 1827. Aunque en sus escritos no consta referencia alguna a esta posible influencia, a nadie extrañará que eligiera la carrera de las armas a la que, además, estaba abocado por su condición de ser el primogénito de una familia que contaba entre sus antepasados con nombres ilustres en las páginas de la historia militar del país.



En su época, y más aún en España, la vida militar y el ambiente político estaban íntimamente mezclados. Vivió entre el final del reinado de Fernando VII y la Restauración de Alfonso XII, uno de los períodos más movidos e intensos de nuestra historia. En él tuvieron lugar las Regencias de María Cristina y Espartero, todas las guerras y escaramuzas carlistas, la sucesión vertiginosa de gobiernos inestables (con el intermedio de la Unión Liberal y la «Guerra de Africa»), las algaradas, los pronunciamientos, el destronamiento de Isabel II, el gobierno provisional, el breve reinado de Amadeo, el Cantonalismo y la primera República. ¡Y todo ello durante su corta vida de 49 años!

No podemos olvidar tampoco que en su primera infancia aparecieron las grandes obras de nuestro Romanticismo: tenía siete años cuando se estrenó «La conjuración de Venecia» de Martínez de la Rosa; ocho al aparecer el «Don Alvaro»

del Duque de Rivas; a sus diez años vieron la luz «Los amantes de Teruel» de Hartzenbusch... y estaba, a sus diecisiete años, en el Colegio General militar de Madrid cuando se presentó en escena «Don Juan Tenorio». Zorrilla era diez años mayor que él y le sobrevivió. Bécquer, nueve años más joven. Si tenemos en cuenta que el padre de Murga era una persona con aficiones literarias y de una vastísima cultura, no podemos dudar que la influencia en él del ambiente intelectual de la época tuvo que ser muy marcada.

Evidentemente, D. José María de Murga y Mugártegui, que así se llamaba realmente quien fue conocido como «El Hach Mohamed el Bagdady» en Marruecos y aquí como «El Moro Vizcaíno», vivió inmerso en el Romanticismo y, en mi opinión, fue una figura plenamente romántica, con todas las connotaciones que ello supone.

ADENTRANDONOS EN SU VIDA

Su infancia transcurrió entre Bilbao, donde había nacido, Marquina, donde vivía habitualmente su familia, y los Colegios de los Escolapios de Madrid y los Jesuitas de Loyola, atendiendo a la esmerada educación que siempre quiso darle su padre. Este le llevaba consigo en sus frecuentes viajes por el sur de Francia con la idea de despertar sus intereses y su curiosidad. A propósito de su padre, es notable la carta que le escribió cuando se fue a Madrid a iniciar su carrera militar. En ella, tras una serie de recomendaciones de índole religiosa y otras acerca del honor y el valor, le dice:

«Elige por compañeros siempre a iguales tuyos y procura que sean mejores que tú, para que así también tú mejores. Sé amable con ellos; no te separes nunca cuando se trate de hacer algo que sea bueno o indiferente, algo en que, ni en el hecho ni en sus consecuencias pueda haber cosa vituperable. No seas burlón, que es propio de gente soez, ni disputes, que, sobre ser de mala crianza, suele tener malos resultados...»

No seas altivo ni orgulloso, pero tampoco baxo ni rastreramente humilde. No echés en cara a nadie sus defectos propios o los de algunos de su familia, ni otra cosa que darle sentimiento pueda, porque seguro es que ni tú ni tus interesados somos perfectos y aunque no los halles, otros, puestos a ello, podrán hallarte y hallarnos defectos. Por mucho que sepas no

hagas gala de ello, porque aún te restará aprender mucho. No hagas vanidad a tu nacimiento ni fortuna, que el uno es debido a la suerte, y la otra puede perderse por mil azares, pero tampoco los mires con total y absoluto desprecio...

Siguiendo los consejos indicados y los que seguiré dándote en tiempo y ocasión oportuna, como es de mi obligación... podrás llegar a ser lo que en la carrera militar fueron tantos cuia memoria es honra y gloria de las naciones a que pertenecieron, aún después de pasados muchos siglos. Pero en la familia y entre tus antepasados y allegados tienes modelos que imitar. Un Lope García de Murga mereció algunas distinciones al Emperador Carlos V por servicios que le hizo en varias ocasiones y uno de ellos fue el ir a la cabeza de la gente del valle de Ayala al socorro de Fuenterravía, estrechamente sitiada por los franceses. Don Antonio de Murga fue Capitán de Caballos Corazas, grado de distinción en el tiempo y como tal estuvo en la conquista de Orán de donde después pasó al Perú: allí sirvió también, con el mismo grado, su hijo del mismo nombre. Joan de Vidarte fue Capitán en la toma de Granada por los Reyes Católicos y tuvo parte en el repartimiento de la ciudad. Debes conocer, porque ya le has visto, el retrato de D. Lope de Andonaegui que después de haber servido en diferentes partes, sus méritos le llevaron al puesto de Capitán General de Chile, y conoces también el retrato del Coronel, así llamado siempre aunque fue Maese de Campo, General de la Infantería Walona, el célebre Cristóbal de Mondragón, gloria de la España en Flandes, donde mandó varios ejércitos y tuvo comisiones de la mayor confianza...».

La carta continúa aún nombrando a D. José de Mazarredo y está fechada en San Juan de Luz el 13 de mayo de 1843. Tras la fecha, una nota reza: «Conserva este papel para repasarlo algunas veces». Su madre puso al pie de este documento: «Halló vigor bastante para hacer una campaña», y lo copió para dárselo a sus otros hijos: Rafael, que perteneció al arma de Infantería y murió en el desempeño del cargo de Gobernador Militar de Las Palmas (Gran Canaria), y Gonzalo, marino de Guerra, que falleció en Madrid estando en calidad de Teniente de Navío en la Dirección Hidrográfica del Ministerio de Marina.

Su carrera militar duró 16 años, es decir, hasta 1661, en que pidió la licencia absoluta del ejército cuando ostentaba el grado de Comandante de Húsares de Pavía. De este período se conservan una serie de cartas dirigidas a sus padres por parientes y amigos que le describen. **El 21 de octubre de 1845**, contando dieciocho años, dicen de él: «Es hermoso chico, buen mozo, de aspecto inteligente

y travieso: en último me enamoró, como dicen en La Habana, y tiene sangre ligera. Me han dicho que es mozo de provecho y que promete muchísimo». El 24 de setiembre de 1848 escriben: «*Ayer tuve el indecible placer de verle de regreso de su campaña. Me contó sus lances durante ella. Me hizo reír muchísimo y me entretuvo agradablemente; pero lo que más me gustó es que le van a ascender a Teniente. Está guapísimo. Iba de frac negro, chaleco blanco y pantalón negro; me pareció tan elegante en sus movimientos, que puede envanecerse mi Sra. Ambrosia de tener tal hijo».*

Durante sus años de servicio combatió en varias ocasiones contra los carlistas: 1849, en Cataluña, contra el famoso Forcadell y el mismo Cabrera. En 1860, en el Maestrazgo, participó en la captura del Conde de Montemolín, en Uldecona, y en su posterior traslado a Tortosa.

EN LA GUERRA DE CRIMEA

Sin embargo, el episodio que considero más interesante en su vida militar es su participación en la Comisión que desempeñaba el Marqués de la Concordia en la guerra de Crimea. Su permiso y pasaporte, que aún se conserva, está dado en Vitoria el 5 de mayo de 1855.

Crimea es una península situada entre los mares Negro y Azov. Hoy forma parte, como provincia, de la URSS en Ucrania. Antiguamente conocida como *Quersoneso Táurico*, perteneció sucesivamente a los griegos, romanos, hunos, tártaros y, finalmente, a los rusos. Entre 1854 y 1856 se desarrolló la guerra que lleva su nombre entre Turquía, aliada con Inglaterra, Francia y Piamonte, contra Rusia, por querer ésta imponer su protectorado sobre los súbditos cristianos del sultán.

El 6 de junio de 1855, Murga se embarcó en el vapor «Calcuta» desde donde escribió a su familia una carta cuyo interés me impulsa a transcribir parcialmente, porque denota su capacidad de percepción y otros aspectos de su personalidad:

... «Llevo cuatro días en Marsella, y el 7 salgo a la vela para hacer un viaje muy divertido, porque además del buen humor que llevarán los Oficiales, van a hacer escalas en varios puertos de las costas de Italia y Grecia. Es menester ver, para creer, la actividad que hay en Marsella... (...) Hay un barullo de día y de noche, debido a los Regimientos que llegan para em-

barcarse, materiales de sitio, carros de municiones y bombas, inmenso batario, y todo ello mezclado al ruido que produce una población de más de 200.000 almas, todos comerciantes, y a la gresca que se arma donde hay una población flotante numerosísima hablando todos los idiomas conocidos. Hay en la rada 47 buques de gran porte, todos ellos fletados por el Gobierno francés, que con objeto de tener pronto y buen transporte, está pagando fletes fabulosos. (...) El transporte de un Oficial (esto es chusco) cuesta tanto como el de un caballo o mula, o sea, hasta Constantinopla 484 francos. (...) Por una yegua, bonita sí, pero resabiada, me han pedido 10.000 reales vellón. En vista de este precio y del consejo que me han dado los Oficiales del Estado Mayor, me proveeré por allá de esto, aprovechando el que se descalabre alguno, y de este modo adquiero un caballo hecho ya al barullo de la guerra. Ramos (el asistente) está famoso con sus ocurrencias. Se ve prieto, como es natural, no entendiendo una palabra de lo que hablan y está pensando cómo se va a ver al tener que pedir raciones, agua, etc. (...) Ya pienso tener algo de estudio y de broma, cuando le vea trabar conocimiento con los proyectiles rusos; está muy animado y me lo veo ya formando el plan de alguna novela histórica para hacer un relato cuando vuelva a ésa. ¿Quién sabe si saldrá un literato? Yo me contentaría con que salga un buen cocinero, y así, si inventa un nuevo guisado, le bautizaremos con el nombre de RAMOSCOFF y que sea a base de hacer cosas buenas con cosas incomedibles. Si llego a Constantinopla sin marearme, desde allí escribiré, después de descansar de mis apreturas, pues vamos en este buque 500 hombres, 68 caballos, 30 mulas y una colección de granadas que si fueran comestibles, ya había para hartarse tres Regimientos».

Veinte días más tarde, desde el campo delante de Sebastopol, escribe:

... «Hace seis días que llegamos después de muchos tumbos dados por el vapor en el mar Negro, pero con salud... Estoy muy bien y muy atendido empezando por el General en Gefe que me convidó a comer a mi llegada. (...) Ayer dimos ayuda a dos pobres marineros, uno de ellos de Ondárroa, que saliéndose de su buque, surto en Balaklava, se fueron a las líneas y allí les agarraron. Contentos se vieron, y sobre todo el segundo, cuando se encontraron con gente que hablaba su idioma. Ya llevará qué contar si vuelve a Ondárroa».

Este suceso, relatado por el protagonista de forma tan escueta y tan modesta, lo describen varios autores posteriormente. Uno de ellos fue Rodrigo Soriano en su libro: «Guerra, guerra al infiel marroquí», aparecido en 1926. Así lo cuenta él:



«Aquel triste anochecer de la estepa rusa en que hundía sus negros ojos, trágicos, el aventurero vizcaíno, fue ocasión del más dramático interesante lance de su vida, inédito hasta hoy. Por la estepa sombría caminaban unos hombres... Pasaron junto al húsar. Discutían, disputaban. Era un pelotón de soldados ingleses que conducía presos... Detuviéronse para preguntar a Murga una dirección. Debían llegar pronto al próximo campamento. Había órdenes severas del general británico. Interrogóles Murga y pronto comprendió que llevaban a los presos para fusilarlos como espías. Compadecido, el héroe vasco pregunta, en inglés, el motivo a la soldadesca... Eran, sí, peligrosos espías rusos, hablaban lenguaje incomprensible, caucásico, tartárico, primitivo... Los recogieron en la orilla, náufragos arrojados por la tormenta de un extraño barco espía... Los infelices presos miraban a

Murga, mudos de estupor... Nada sabían de su suerte ni comprendían lenguaje alguno. Las órdenes eran tan severas, que Francia e Inglaterra, entonces aliadas contra Rusia, se comprometieron severamente en aquellos días para extirpar con dura mano el espionaje criminal. Pero Murga, por divina intuición, fijóse un punto en aquellos desdichados... ¡Oh, milagro! Los pobres presos se fijaron en él también, entre temerosos y esperanzados... El uniforme español del húsar no era, no, para ellos desconocido... El «Moro Vizcaino» abarcó con su mirada a los desventurados hombres, guiñapos del infortunio... El tipo de ellos, sus rasgos característicos, la dulzura de su mirar, su nobleza, su apostura, sus recios trajes de hule... ¡Oh, prodigio!...

—«Zer modu? (Cómo estáis), les preguntó, sin titubear, en vascuence...

Y aquellos naufragos, condenados a muerte, arrojados por las olas al desierto incógnito, a la noche trágica, a la horripilante estepa, cayeron de rodillas ante el caballo de Murga, besaron su pecho, se agarraron a sus remos, llorosos y exclamando:

—«Jangoicua! Jangoicua!» (¡Dios!, ¡Dios!).

Estaban salvados. El noble vasco explicó a la gente inglesa que aquellos supuestos espías eran pobres naufragos, por azar llegados desde Vasconia a las orillas del Mar Negro. De llegar Murga minutos después, sus desdichados compatriotas hubiesen muerto».

Como se puede apreciar, los hechos ocurren en la historia de una manera, pero las formas de transmitirlos pueden ser múltiples. Veamos cómo, en otra carta, describe el Moro sus impresiones de Constantinopla:

«Visto de fuera, visto desde el buque, no hay nada más magnífico, no creo haya en el Mundo panorama más grandioso: los innumerables minaretes de las Mezquitas, las casas de construcciones bizarras y pintadas de una multitud de colores, y los infinitos cipreses que hay en todos los patios de las casas, que son otros tantos cementerios a más de los grandes, forman agregados a lo magnífico de la rada y los miles de buques que hay anclados, una vista de lo más agradable y pintoresca que se puede dar. Pero yendo a tierra se pierde toda ilusión; construcciones todas de madera, calles que no caben tres hombres de frente, en que pisa uno en blando en todas partes, si uno no lo hace sobre los infinitos perros que sin dueño ni gua-

rida, viven, crían y mueren a la intemperie y allí quedan. Este es Constantinopla. Agreguen a esto una gente asquerosa, vestida tal vez de magníficos trajes, calles que jamás se barren y donde todo se hace, y tanto que se ven en fila hombres y mujeres que, con la cara tapada, enseñan a los pasantes todo lo demás y nadie se ocupa de ello. Sería el Paraíso si estuviera en poder de otras gentes, y es una «charricorta», una zahurda de sus actuales poseedores. Me he llevado un chasco. Yo creí asistir a una guerra en que poder aprender algo bueno y aquí me he encontrado con un sitio que no es sitio, una guerra que no se parece a nada, sino a ella misma, y una farsa de lo más ridículo que se puede dar.

El 11 de septiembre vuelve a escribir desde Balaklava relatando el fin de esta curiosa guerra:

... esto ha acabado de una manera inesperada y tal, que sólo se comprende con un soldado tan malo como el ruso. El día 8, a las doce en punto, se dio el asalto, y antes de diez minutos estaba la bandera de los franceses en el famoso Malakoff; los ingleses que atacaban el rediente lo hicieron, como de costumbre, muy mal, y eso que eran los días de la Reina (...) La matanza ha sido espantosa, y hay sitios en que hoy (cuatro días después) no se puede marchar sin pisar cadáveres a millares (...) Llevo una prisionera que hemos hecho entre Ramos y yo; es una pobre paloma que enteramente azorada revoloteaba alrededor de su palomo, sin poder ir más allá, muerta de hambre y de fatiga. (...) El día 8 cuando se dió el asalto, se me manchó la levita con la sangre de un Coronel de Estado Mayor, al que una bala de cañón quitó a mi lado la mitad de la cabeza, esto sin contar todos los que cayeron a mi alrededor a una o dos varas de distancia».

DE COMANDANTE DE HUSARES A BUHONERO ENTRE RENEGADOS

Pese a la decepción que le produjeron algunos aspectos de Constantinopla, el exotismo oriental había prendido en él a tal punto que, a la vuelta de Crimea, ya tenía el proyecto de visitar Tánger, puesto que había conocido en el Campamento algunos cabecillas Moros que le habían provisto de notas y recomendaciones para las tribus a que pertenecían.

Más tarde, los relatos que sus compañeros de armas y su propio hermano Rafael le hicieron de la Guerra de Africa de 1859-60, en la que no pudo participar,



terminaron por decidirle a llevar a cabo su proyecto. Con este fin obtuvo la licencia absoluta del ejército y se trasladó a París donde aprendió el árabe vulgar, estudiando también Física, Química y otras materias. Posteriormente, en la facultad de San Carlos de Madrid asistió a las clases de Obstetricia, Terapéutica y Cirugía menor. También se hizo con el mayor número posible de libros, mapas, etc., que pudieran aumentar sus ya vastos conocimientos sobre tierras africanas. Con este bagaje de conocimientos y pertrechado de una serie de aparatos insólitos, como un microscopio, daguerrotipos, un aparato para sacar muelas, etc., y un revólver que le sacó de más de un apuro, emprendió su viaje el 2 de enero de 1863. De Tánger fue a Larache y allí anotó en su diario:

«20 de abril día en que se conmemora a Santa Inés de Monte Pulciano, me luzcó extrayendo el primer diente, que me acredita para sucesivas intervenciones de esta índole».

Para no despertar demasiados recelos se hace pasar por un renegado más de los muchos que entonces allí había fundamentalmente buscando refugio en su huida de la persecución política de que en España se les hacía objeto. Vistiendo turbante y chilaba, acompañado de un asno y un guía («Mí acólito, decía él») pudo entrar en todas partes, escudriñar en la vida de los moros, judíos, bereberes y demás tomando notas interesantísimas que le sirven para escribir a su familia en estos términos:

«...Voy descubriendo el velo de esta sociedad, la más original que darse cabe. Si alguna vez doy a luz lo que ahora veo, estoy seguro no hay en Europa un centenar de personas que me quieran creer lo que yo digo. El Sid Jucef ben Mohamet El Murka. El Tebit Emsamari o Esbaniuh (Médico Nazareno o Español, como otros me llaman), va haciéndose lugar y va a correr no pocas aventuras que han de divertir sobremanera».

En efecto, su fama se fue extendiendo hasta ser considerado un Santo, yéndole la gente incluso a besar la montera que otro Santo local, de quien se hizo amigo, le había regalado. Dicha fama se la granjeó gracias a sus enormes recursos, como por ejemplo, la utilización en ritos exorcistas —pues también le adjudicaron el papel de exorcista— de una pila galvánica, elemento asbolutamente desconocido por allí, y de efectos sorprendentes. Y cuando no tenía otros recursos, empleaba los que su inmenso ingenio le inspiraba en situaciones de apuro. Véase una muestra, descrita por él mismo:

«Mi expedición la voy preparando perfectamente, y represento mi papel de Charlatán lo más completamente que darse cabe. Lo que se reirían si me viesen cómo vivo y lo que hago. Noches pasadas me despertaron con un ruido que parecía querer echar la casa abajo, cosa no por cierto muy difícil, puesto que mi casa no es, ni con mucho, tan buena ni tan fuerte como es la que tiene Chomin-Laba para su horno. Averiguado el caso, érase una judía que, hacía cinco días, estaba sin poder dar a luz un judiuto, y a la que ni los apretones, ni los saltos en la barriga que la daban las comadres, ni el remedio soberano de vestirla y hacerla salir a esperar a las bestias de la dula, habían podido conseguir el hacerla venir a buen camino. No había ya más recurso que el Médico Cristiano para ver si era capaz de tal milagro, y por tanto le venían a buscar. (...) Me hice esperar un poco; me llené los bolsillos con toda solemnidad de todo cuanto cacharro hallé a mano; hice ver a los judíos, como por descuido, un libro lleno de figuras de circunstancia y acompañado de mi Negro, que llevaba mi linterna, y de no sé cuántos hijos de Israel que, armando una completa algaravía, anda-

ban hacia atrás alumbrándose con antorchas, emprendí, con toda pausa, mi marcha triunfal. Llegué a casa de la paciente y me encontré con un cuadro imposible de describir y que sólo se puede comprender habiéndolo visto. (...) El niño no salía; los saltos y apretones en la barriga no producían efecto alguno; se habían matado con toda solemnidad siete gallos negros para evitar las artimañas de la Muca (Lechuza) y se habían cantado coplas de un efecto tan cierto como ésta:

*No yores inma, (madre)
No yores por mí
Yora por mi jicho
Que nes circónsi (circundido)*

*y ni aún por eso quería salir a luz el nuevo nene. En tan críticas circunstancias es cuando el Médico Nazareno entró en el pleno uso de sus poderes, y juró por su salud y la de sus Padres... y hubiera jurado hasta por la de Adán, que no emplearía hechizo ni maleficio, y que sacaría a aquella dama con toda felicidad de sus aprietos **inch Alláh** (si Dios lo permitía). Me remangué las mangas y estaba ya decidido a, si se presentaba, sacarlo a relucir, aun cuando fuera por una pata, cuando a petición de la interesada me puse en tren de escribirlo para hacérselo tragar, **uno de los papelitos que tragan en tal ocasión nuestras mujeres**. Cuáles estos pueden ser, yo no lo sé, ni espero saberlo nunca, pero no era el caso para pararse en barras: era cuestión de honra. Púseme unos anteojos y lleno de gravedad, y rodeándola de todo género de garabatos, escribí lo peor que pude la copia de Mambrú. Se la pasé por todas partes a la paciente: se la hice besar repetidas veces, y reduciéndola a cenizas con toda ceremonia, las metí en un frasco a el que añadí, para mayor misterio, unas gotas de lo primero que salió de mis bolsillos y se lo hice tragar a la interesada, diciéndole lo hiciese de un solo golpe y pronunciando yo, entretanto, palabras que ahora me sería muy difícil recordar pero que eran primas hermanas de las de tiquis, miquis, amuratis. El resultado fue mágico, y tal cual debía producirlo el tal remedio; momentos después salía a luz un robusto monigote, a el que yo, para evitar que al verme no tocase retirada, como se lo temían y decían algunas almas piadosas, le ayudé a venir al Mundo, agarrándole por las orejas, y esto, con tan buena fortuna, que no me quedé con ellas en las manos. Hecho esto, pronuncié varios conjuros para que la lechuza no hiciese daño a mi protegido, y con toda gravedad tomé la puerta para ir a mi casa a reirme a mis anchas y a librarme de tamaña barahunda».*

Estuvo en Larache tres meses ejerciendo esta nueva profesión de médico y exorcista. Luego, proveyéndose de cantidad de cajas de fósforos y «otras cosas de tan gran valor» salió rumbo a Fez y Mequinez dispuesto a venderlas en calles y plazas, pues ello le daba la posibilidad de observar las costumbres y la idiosincrasia de aquel pueblo que poco a poco iba calando en su espíritu. Otro modo favorito de contemplar a las gentes y sus reacciones fue colocarse a la puerta de una mezquita, como harapiendo renegado, y pedir limosna gritando a pleno pulmón el nombre de Alláh.

Todas estas cosas y muchas más se las cuenta a su familia en diversas cartas, a cual más interesante y curiosa, a lo largo de los tres años que duró su primera expedición. En más de una ocasión estuvo en trance de perder la vida, como cuando se internó en una peligrosa región (Kabila) camino de Marrakech. Primero le asaltaron cincuenta ladrones que le robaron el burro y las provisiones, dejándolo malherido. Después le disparó un jinete que se fue, sin previo aviso, contra él y del que se desembarazó haciendo uso de su revólver, oculto en su cinturón, e hiriéndole en una rodilla, para quitarle el caballo y salir de allí al galope tendido. En otra ocasión, estando en la gran Mezquita de Fez, tuvo que recurrir a hacerse pasar por loco para evitar que un Taleb (aprendiz de cura musulmán) descubriese que era un cristiano, lo que le hubiera costado posiblemente la vida.

Pero en sus narraciones no sólo cuenta los pormenores de sus aventuras. También describe las fiestas, los funerales, las bodas, las vidas de personas curiosas o que, por algún motivo, despertaron su interés, la arquitectura de las casas y las mezquitas, la vegetación, las comidas y hasta una cacería de jabalíes en que participó invitado por un magnate a quien había curado la sarna. El precio que pagó por ello fue el verse atacado de continuo por todos los piojos, pulgas, garrapatas y otros encantadores animalillos, el hambre, las fatigas y dolores más insufribles y, sobre todo, la sed. Como muestra transcribo la parte de un relato que hace cuando se hallaba camino de Rabat:

«No pocos percances tuve en el camino, pero no hubo ninguno extraordinario ni que merezca la pena de ser contado, si no es una sed rabiosa que pasé el segundo día y que no anduvo muy lejos de hacerme quedar en el camino. Devoraba con afán las raíces de palmera enana, pero si a otros quitaba la sed, a mí no hacían sino aumentármela. Por fin, después de una ansiedad mortal, vimos el sepulcro de un Santo. ¡Lelaïto! nombre ridículo en España, pero que no lo será nunca para mí. Llegamos allí y las escenas que allí pasaron por coger agua no es posible describirlas. En cuanto a mí, dejé que se mataran y, sin preocuparme de las pisadas de los animales, ni

de los golpes que pudiera recibir, me eché de bruces entre aquella barahunda y bebí mezclada con meados, barro y qué sé yo qué más, una poca agua que había en el suelo, en el hueco de las pisadas de animales que nos habían precedido. Jamás bebida alguna fue más grata a mi paladar».

Días más tarde, pero no a consecuencia de lo anterior, cogió el tifus, del que se recuperó para emprender otra incursión, la última antes de tenerse que volver a su país a consecuencia de haber muerto su madre en enero de 1865.

Ya entonces, en Marruecos era conocido como EL HACH MOHAMED EL BAGDADY, siendo el HACH un título de notoriedad que se concede a quienes han estado en La Meca, y el BAGDADY un sobrenombre adoptado por él para disimular su acento al hacerse pasar por procedente de Bagdad.

Durante este primer viaje conoció Tánger, Larache, Arcila, Alcazarquivir, Fez, Mequinez, Rabat, Salé, Agla, Saffi, Tetuán, Mogador, etc.

RECUERDOS MARROQUIES

Ya en Marquina, prometió a su familia dejar definitivamente sus aventuras, se dedicó a administrar su importante hacienda, a ampliar sus conocimientos y a escribir sus impresiones recogidas en el viaje, que publicó en forma de libro titulado: «Recuerdos marroquíes del Moro Vizcaíno José María de Murga (a) El Hach Mohamed el Bagdady». La impresión, realizada en Bilbao en la imprenta de Miguel de Larrumbe en 1868, la costeó íntegramente de su bolsillo y, respondiendo una vez más a su extraordinaria manera de ser, regaló todos los ejemplares. También es propia de él la advertencia que hace en la contraportada:

«El autor renuncia generosamente a la propiedad de su obra, y, por lo tanto, no perseguirá con todo el rigor de las leyes al que la reimprima; antes bien, si alguno tiene tal humorada promete protegerle comprándole unos cuantos ejemplares».

Hay otras notas en este tono que serían dignas de mención y expresan el talento genial de su autor, pero decir con respecto a este libro que hay algo digno de mención sería erróneo, ya que nada en él tiene desperdicio.

En 1906 se publicó una segunda edición, con prólogo del Marqués de Olivart, y en 1911, la revista Africa sacó a la luz la tercera, corregida por su hermano Gonzalo, que tuvo gran éxito.

El libro es un compendio de artículos o monografías sobre diversos temas, tan ameno e interesante que, una vez cogido es difícil dejarlo sin disgusto. Creo poder decir, sin exagerar un ápice, que en él, el autor se muestra a ratos como historiador —cuando describe la batalla de Alcazarquivir, donde halló la muerte el famoso Rey D. Sebastián de Portugal, o cuando repasa las sucesivas dinastías que gobernaron el Imperio Marroquí—; en otros momentos, como antropólogo y etnógrafo, cuando describe las costumbres y las razas, e incluso como experto en psicología comparada, cuando analiza a los individuos, los grupos sociales y sus diferencias. ¡Y todo esto, bastantes años antes de que estas disciplinas tomaran carta de naturaleza como ciencias!

Como el libro ha sido analizado por varios escritores y, por otra parte, lo más recomendable es leerlo, a él les remito, aunque será difícil consigan encontrarlo.

PRESIDENTE DE LA DIPUTACION

Dos años después de la publicación del libro, es decir, en 1870, fue nombrado Presidente de la Diputación de Vizcaya por el bando Gamboíno, mientras por el Oñacino lo era su primo Eduardo Victoria de Lecea, con quien siempre le unieron los lazos del parentesco y la política, ya que ambos eran liberales, sino los de la amistad más entrañable. Ello les permitió, entre otras muchas cosas, poder llevar a cabo la organización de la Guardia Foral que había quedado anulada tras el último levantamiento carlista. Las dificultades más importantes con que toparon para ello fueron las que les puso desde la administración central el Ministro de la Guerra y el Gobernador de la Provincia por su parte, quienes querían que los mandos fueran elegidos por ellos, a lo que siempre se negaron Murga y su primo por considerar que debía ser lo más autónoma posible, dadas las circunstancias tan delicadas que se vivían en ese momento.

Los avatares de la lucha política, el difícil equilibrio que se vio obligado a sostener en la defensa de los fueros, entre el poder central y las inoportunas revueltas carlistas, terminaron decepcionándole de tal modo que rompió su promesa a la familia y se dirigió de nuevo a su añorado Marruecos. Realmente lo había echado tanto de menos que, en su casa de Bilbao había mandado construir y decorar un salón al estilo árabe, donde tenía toda clase de objetos curiosos, macetas de flores, jaulas con pájaros, sus recuerdos de Crimea, trajes, anteojos, pipas, armas, etc. Y en su dormitorio había mandado abrir una claraboya encima de su cama para ver el cielo desde ella.

LA VUELTA A MARRUECOS

Tras realizar una breve excursión a Tánger entre febrero y marzo de 1872, siendo todavía Diputado General de Vizcaya, vuelve a internarse de nuevo en abril del año siguiente en tierras africanas, abandonados definitivamente sus cargos políticos, con gran alivio por su parte.

Como en el viaje anterior, se provee con profusión de todo aquello que cree necesitar: termómetro, drogas (medicinas), mapas, frascos, yescas, etc., e incluso un compás para obtener medidas craneales.

Además de visitar las localidades ya conocidas en el viaje anterior, en esta ocasión visitó Casablanca, Azimur, Marrakech, Mazagan, etc., llegando incluso a pasar a las islas Canarias. Si la enfermedad no se lo hubiese impedido, habría seguido, sin duda, la expedición hasta Tafílete y otros puntos del interior, ya que así parecen indicarlo la cantidad de noticias que iba recogiendo del Draá.

Las notas sueltas que fue escribiendo hubieran conformado un segundo libro, de no menor interés que el anterior, pero nunca pudo llevar a cabo este proyecto debido a la prematura muerte que, a los 49 años, le sorprendió en Cádiz cuando preparaba su última expedición. Empezó ésta, en efecto, pero con otro destino, el 30 de noviembre de 1876 a las nueve de la mañana.

En su testamento, bajo unas notas escritas en caracteres árabes, advierte su deseo de ser incinerado, arrojado al mar a treinta millas de la costa, o enterrado de forma que a los que cavaran su tumba se les pagara en proporción a la mayor profundidad con que la hicieran. No se qué dificultades pudo haber para cumplir su voluntad, pero lo cierto es que fue enterrado en el cementerio de Cádiz, hasta que su sobrino y, a la postre, heredero, el ya nombrado José María de Murga y Arana, trasladó sus restos al cementerio de Jemein, en Marquina, donde hoy reposan.

TITULOS, HONORES Y DISTINCIONES

Pese a no haberse reconocido en su tiempo, ni posteriormente, todos sus méritos, recibió ciertas distinciones de las que, además de las mencionadas anteriormente, nombraremos las más interesantes.

Por herencia, tenía derecho a usar los títulos de Vizconde de Mondragón y Lord del Vado Glorioso, pero nunca los rehabilitó porque, según testimonio de sus descendientes, consideraba motes los títulos heredados.

En 1852 recibió la Cruz de Caballeros de la Legión de Honor, máxima condecoración francesa. Estaba entonces en Vitoria, bajo el mando de su tío el General Mazarredo. Se desconoce el motivo de esta alta distinción.

Fue nombrado socio de la Sociedad Imperial Zoológica de Aclimatación de París, en 1859, lo que nos da una idea de su interés por la historia natural.

En 1872 se le concedió la Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica, parece ser que debido a los méritos contraídos durante su cargo al frente de la Diputación vizcaína. Renunció, sin embargo, a esta distinción, según se desprende de los periódicos de la época que dieron la noticia, «por motivos de delicadeza».

También renunció al nombramiento de Padre de Provincia realizado durante las Juntas Generales de Vizcaya de 1876. Como motivos aduce, entre otros, la desconsideración que se tuvo con su abuelo, de su mismo nombre, que también fue nombrado Padre de Provincia y luego apartado de ella por haber sido, como él, liberal.

Tras su muerte, los periódicos más importantes del país se hicieron eco de la misma, pero el único reconocimiento de cierta entidad no le llegó hasta 1920, año en que se dedicó a su memoria la calle A del ensanche de Tetuán. Como dato de referencia curioso, cabe decir que, por ejemplo, a Pedro Antonio de Alarcón se le adjudicó la calle F; al Cardenal Cisneros, la H; y a Domingo Badía, el famoso Ali Bey, le adjudicaron la RR.

LA VINCULACION AL SEÑORIO DE AYALA

Presentado el personaje, volvamos al principio en un doble sentido: por un lado, al principio de esta exposición recordando el aserto de que al individuo se le entiende circunscrito por su entorno; y por otro, y para hacer válida esta afirmación, al principio del linaje de los Murga. Para ello nos vamos a valer, una vez más, de la preciosa prosa de nuestro Moro en una carta que, al menos hasta hace poco, se conservaba en el Ayuntamiento de Respaldiza.

«Muy ilustre Ayuntamiento de la M.N. y M.L. Tierra de Ayala. Como una ligera muestra de alta estimación el que tengo el descender de esa ilustre Tierra, en la que en 1270 fundó mi Casa Solar Juan Sánchez Chicubín, célebre en la Historia de Ayala, ruego a esa ilustre Corporación se digne aceptar el libro, que le remito, para que me dispense el honor de conservarlo en su Archivo. No tiene mérito alguno; es sólo el resultado de las observaciones que he hecho en mis largos y peligrosos viajes por el Imperio de Marruecos; viajes que, aun cuando trato de ocultar el objeto, los emprendí con el único de dar a conocer la organización de aquel país y ser útil a la Patria, si otra vez se llegase a suscitar una guerra como la que, en 1859 y 60 hizo alcanzar tantas glorias al Ejército Español. En él, he tenido la honra de servir últimamente como Capitán de Húsares de Pavía y, perteneciendo a él, tuve la muy grande de ser, en 1855, uno de los Oficiales españoles que asistieron a la guerra de Crimea y uno de tantos que fueron al asalto de la célebre torre de Malakoff. Perdóneme esa ilustre Corporación este pequeño rasgo de vanagloria de un antiguo soldado; que se precia, sobre todo, del origen de su raza, y se ofrece por servidor de los que hoy viven en la cuna de aquélla, y de los que gobiernan el suelo en que nacieron y reposan muchos de sus antecesores, de los cuales, ya que no su valer y su renombre, ha heredado su Casa-Solar. José M.^a de Murga» (Debajo firma en árabe).

El primer Señor de Murga fue, en efecto, Juan Sánchez Chiquilín o Chicubín, hijo natural y legitimado de Sancho García de Salcedo, «El Negro», octavo Señor de Ayala.

Sobre unas rocas, al lado derecho del río Izoria, edificó su torre solariega.

Según Lope García de Salazar en sus «Bienandanzas e Fortunas», Sancho García de Murga, segundo Señor de Murga, hijo de Chicubín, heredó el Señorío de Ayala, pero como a algunos poderosos del valle no les gustó este hecho, avisaron a los Ayala toledanos, quienes le derrotaron en Respaldiza y mataron junto a la iglesia de San Juan de Murga. En esta iglesia se conserva, junto a las gradas del presbiterio, la tumba de la familia con el escudo de armas.

El tercer Señor de Murga casó con Teresa de Salazar de San Pelayo y por este enlace, Sancho García de Murga, a las cinco panelas verdes en campo rojo que venían usando por armas sus antecesores, añadió por orla las trece estrellas de oro en campo rojo, que corresponden al apellido Salazar.

Dando un gran salto en el tiempo, por ser excesivamente prolija la relación de sucesiones, suficientemente documentada ya, llegamos a Francisco Xabier de Murga. Este fue el quince Señor de Murga y, merced a su enlace con María Ignacia de Andonaegui, Señora de la Torre de Vidarte, pasaron a vivir desde entonces los Murga a Xemein, junto a Marquina. El nieto del anterior, José María de Murga, diecisiete Señor de Murga, fue a su vez el abuelo del Moro Vizcaíno y a él se debe el que le dieran el mismo nombre. Al igual que el Moro, fue Diputado General de la provincia de Vizcaya, y además fue, entre otras cosas, Académico de la Historia y secretario de la Real Sociedad Económica Vascongada de los Amigos del País.

Con esto, creo queda suficientemente demostrada la vinculación del Moro Vizcaíno con el Señorío de Ayala y además con esta Sociedad, que hoy me ha dado la oportunidad de evocar y compartir, redescubriéndola, su increíble personalidad.

TRABAJOS DE INGRESO PUBLICADOS

- 1.—«Un galeón vasco hundido en Bahía Roja». *Amelia Baldeón Iñigo.*
- 2.—«Botánicos alaveses». *Venancio del Val Sosa.*
- 3.—«La heráldica en Vitoria». *Juan Vidal Abarca López.*
- 4.—«Música y Músicos en el País Vasco, hasta el siglo XIX». *Emilio Ipinza Gil.*
- 5.—«El paisaje alavés y sus habitantes». *José Ignacio Vegas Aramburu.*
- 6.—«Obra 1960-1980». *José Gabriel Aguirre Alvarez de Arcaya.*
- 7.—«El hombre y el absoluto en diálogo, según el pensamiento de José Manzanana». *Antonio Ortiz de Urbina Basabe.*
- 8.—«Wentworth Webster, vascófilo, fuerista y etnólogo». *Rosa M^a Agudo Huici.*
- 9.—«Vicente Goicoechea en la renovación de la música religiosa». *Sabin Salaberri Urcelai.*
- 10.—«Aportación para una historia crítica de la nueva canción vasca». *Gorka Knörr Borrás.*
- 11.—«La ilustración en Alava». *Luis María Areta Armentia.*
- 12.—«Cien años de la vida vitoriana: 1883-1983». *Luis Angel de Apraiz Oar.*
- 13.—«La fiesta, cauce y expresión de la comunidad». *Cayo Luis Vea Murguía.*
- 14.—«Mateo de Moraza, fuerista y profeta en su tierra». *José M^a Sedano Laño.*
- 15.—«El proyecto político de Alfonso X el Sabio y su repercusión en Alava». *César González Mínguez.*
- 16.—«Las necesidades públicas y modo de subvenir las». *Miguel Zurita Sáez de Navarrete.*

- 17.—«4 músicos en Tolosa: Vicente Goicoechea, Felipe Gorriti, Eduardo Mokoroa e Ignacio Mokoroa». *Nemesio Bello Portu*.
- 18.—«Qué es ser comerciante». *Ceferino Zulaica Beltrán de Lubiano*.
- 19.—«Lenguaje poético y arte». *José Luis de las Heras Sánchez*.
- 20.—«Los vascos en Argentina». *Javier Cameno González*.
- 21.—«Los libros en la documentación del occidente de Alava, durante la Alta Edad Media (Siglos IX al XII)». *Saturnino Ruiz de Lóizaga Ullívarri*.
- 22.—«Dos siglos de prensa en Alava». *Alberto Suárez Alba*.
- 23.—«Maestros de capilla y organistas de la colegiata y catedral de Santa María de Vitoria-Gasteiz». *Rafael Mendialdúa Errarte*.
- 24.—«El vino de la Rioja Alavesa desde el siglo XVIII hasta nuestros días». *Gabriel Chinchetru Fernández de Alegría*.
- 25.—«La comunicación: del Conde de Peñafiorida a la Radio». *María Cristina Fructuoso Ruiz de Erenchun*.
- 26.—«El barro». *María Mercedes Vegas Aramburu*.
- 27.—«La vanguardia de los años sesenta: Escuela Vasca de Pintura». *Joaquín Fraile Mariñelarena*.
- 28.—«Apuntes sobre la Economía Alavesa 1955-1975-1985». *Carlos Hernández Ramírez*.
- 29.—«Aspectos sobre la moda e indumentaria en el siglo XIX». *Juan José Urraca Tejada*.
- 30.—«Dibujos y bocetos de todos los pueblos del Alava actual, incluido Treviño y dos temas inconclusos: Ermitas de Alava y cimas de montes alaveses». *José Miguel Jimeno Mateo*.
- 31.—«Fósiles, arqueología, tradición e historia de Pipaón». *Pilar Alonso Ibáñez*.
- 32.—«D. Gerónimo Roure, genio y figura de la Sanidad Alavesa». *Pedro Manuel Ramos Calvo*.
- 33.—«Los caminos y el Camino de Santiago». *Jaime Valdivielso de Cué*.
- 34.—«Euskal Herria: Lugar de encuentro de Lenguas y Culturas». *Ricardo Ciervide Martinena*.
- 35.—«La otra Europa. Reflexión sobre lo acontecido en Europa del Este». *Juan María Ollora Ochoa de Aspuru*.

PATROCINADO
POR EL GOBIERNO VASCO

